

e incluso poner cortapisas y contrafuegos, pues «las novelas inmundas lo invaden todo», erigiéndose incluso en «quinto poder» (Botrel, 1982; 1984).

Ya antes de 1848, se había publicado una «pequeña colección de las obras más indispensables para sustraer al pernicioso veneno que trae la lectura de malos libros», pero en los años 1880 es cuando la Iglesia parece darse cuenta de la «popularización» de ese gusto nefando por las novelas. Así, por ejemplo, el 24-6-1883, *La Semana católica* denuncia dos clases de novelas, la novela por entregas («por término medio se reparten mensualmente en Madrid en los barrios pobres, sobre todo, al pie de 15 entregas por familia») y la novela a peseta y seis reales «que se venden principalmente en los cafés y las estaciones y son por lo común novelas indecorosas empedradas de injurias a nuestra santa religión». En 1899, *El Repertorio de buenas lecturas* observa, lamentándolo, cómo «hace algún tiempo eran las novelas a cuartillo la entrega, espeluznantes en su mayoría; el asunto obligado eran desafíos, adulterios, asesinatos, hijos abandonados, jefes de bandidos a quienes se presentaba como personas muy sentimentales. Trabajadores, tenderos, modistas se suscribían a aquellas lecturas desprovistas en su casi totalidad de valor literario» y cómo «hoy se compra el periódico de cinco céntimos que debe tener su folletín, el cual se corta de modo que, mientras lo demás del periódico luego de leído se inutiliza, el folletín se guarda cuidadosamente. El folletín es hoy el fondo de lectura, el más considerable elemento de distracción de nuestras clases populares».

Una de las consecuencias es que «con tales lecturas el pueblo [...] pierde el gusto a la vida real [...] en la que entran contrariedades, sufrimientos, deberes; la farsa de la novela exalta la imaginación, la alimenta de ideales que sólo existen en la mente del autor» (*Ibid.*), y en 1907, en el sermón dedicado a las «Malas lecturas» insiste *La voz del púlpito*: «Allí en la lectura de libros y periódicos bebió el pueblo como hidrópico el veneno fatal que cegó las luces de su inteligencia y las energías de su corazón; allí en las malas lecturas perdió la tranquilidad y su paz, sus esperanzas».

Así, pues, organizaciones como la Obra de las Bibliotecas Populares, inaugurada sin gran éxito, según reconoce el propio iniciador, por el padre Claret, la Sociedad de Propagación de Buenos Libros (Vitoria, 1863), la Sociedad Católica de Amigos de Buenos Libros bajo la advocación de los Santos Ángeles (1868), la Obra de Buenas Lecturas (1892) o el Apostolado de la Prensa, etc., no han podido o no pueden contener ni encauzar esa creciente afición popular, tal vez exagerada por la apologética. Una hipótesis es que dado el escaso desarrollo de la lectura en las clases populares, a la Iglesia católica no le haya parecido mayor el peligro hasta fines del siglo: si existió una obra social de bibliotecas parroquiales y populares católicas encargada de proporcionar «sanas y útiles lecturas», podemos notar también que

una biblioteca como la de Buenas lecturas de la Parroquia Mayor de Santa Ana en Barcelona, exige a sus socios un depósito de cinco pesetas y una peseta mensual como mínimo en 1898; si la Biblioteca Ligera para uso de todo el mundo de Félix Sardá y Salvany o La Propaganda Católica, con sus «lecturas populares», se reparten gratis al pueblo, no admiten concesiones al gusto por la narrativa; una colección de «novelas cristianas» como «El antídoto» parece dirigirse a un público más bien culto, lo mismo que las «lecturas recreativas» de El Apostolado de la Prensa con sus tomos de 400 a 500 páginas esmeradamente encuadernadas en tela inglesa con preciosas planchas y vendidos a 1.25 peseta<sup>30</sup>

A principios de los años 1900, sigue manifestándose la preocupación por «instruir y moralizar a los hijos del pueblo» a través, por ejemplo, de las Hojitas Populares de Propaganda Católica (1909) («arsenal fecundo para ilustrar a los obreros alucinados por los errores modernos y hacerlos conocer la verdad») o las hojitas de Cultura Popular (1912), «muy del caso para repartir entre las clases obreras». Una empresa editorial como la Biblioteca Patria publicada por el Patronato Social de Buenas Lecturas a partir de 1906 para «contrariar en lo posible los males inmensos que causan mayormente en la incauta juventud y personas menos ilustradas del pueblo, la circulación y lectura de malos libros que por desgracia cunde en nuestra época» (con «obras manuales que son las más leídas en gabinetes de lectura», según se precisa en el artículo 15.º de sus Estatutos), parece dar una coherencia más militante a una narrativa teóricamente adaptada al público blanco, poniendo en circulación tomitos de a una peseta (50 publicados en 1909) cuando ya se pueden comprar libros por 40 céntimos. A partir de 1914 y hasta 1921, otra concepción más «misionera» de la lectura permitirá la publicación de una biblioteca de cultura popular cuyos volúmenes de más de 100 páginas se distribuyen ya gratuitamente por un sistema de fundaciones. Pero la mayor parte de los títulos corresponde a obras clásicas y lo excepcional es que se publique una novela contemporánea como *El mi Juan* «novela montañesa» de Soledad Ruiz de Pombo. Obviamente no bastarán los generosos planteamientos de la empresa para contrarrestar el desarrollo de otras «ficciones» *ad usum populi*. Pero lo importante, para nuestro cometido y la periodización, es que la lectura popular ya queda identificada por todas partes como un *enjeu* o desafío.

Esta voluntad de orientar hacia otros valores estéticos e ideológicos al pueblo, la encontramos, por ejemplo en la carta que el joven Blasco Ibáñez dirige al *Illustre maître Zola*, el 5 de diciembre de 1893, en nombre de los que «rompent avec les anciennes traditions», para pedirle la autorización de publicar obras suyas anteriores a 1880 en su colección de «nouveaux populaires (*sic*)», encaminada a «développer l'instruction et la culture

<sup>30</sup> Entre los títulos publicados en 1890-1892: *Fabiola*, *Quo Vadis*, *Ben Hur*, *Los últimos días de Pompeya*, *novelas de W. Scott* y *El hijo del labriego de Valentín Gómez*. Existía también una *Sección histórica y Vidas de santos* (a 0,65 peseta éstas).

dans le peuple espagnol qui est le plus ignorant d'Europe». «Mon désir —escribe Blasco— est que le peuple espagnol s'illustre et comme le manque d'argent l'empêche de connaître les grands écrivains, je désirerai mettre ces oeuvres à la hauteur de sa misère et pour cela j'ai pensé publier une bibliothèque de volumes de cinq cents pages à 0.75 cents, traduisant vos principaux ouvrages»<sup>31</sup>.

Más tarde, en 1916, el grupo «Prensa popular», al publicar su colección semanal *La novela corta*, afirmará el carácter de sacerdocio y apostolado que reviste su empresa pedagógico-didáctica —su «obra cultural»— que consiste, según José de Urquía, en «educar al pueblo presentando la cultura bajo una apariencia amena y frívola. Esta es la verdadera manera de hacer Patrias, de elevar el nivel cultural de un país, de dignificar al obrero» (Mogin, 1987).

En cuanto a los intentos de «emancipación» por parte de las organizaciones obreras anarquistas o socialistas, con la creación de circuitos propios, aparecen sobre todo a principios de este siglo, con preocupaciones más educativas o propagandísticas que recreativas<sup>32</sup>. La Biblioteca de *El Socialista*, por ejemplo, tiene unas orientaciones claramente teórico-políticas, aun cuando en 1885 el Primer Certamen socialista premia la novela *Pensativo* del anarquista Juan Serrano Oteiza (M. Morales, 1988) y, en 1896, Timoteo Orbe publica en el folletín de *La lucha de clases*, *Almas muertas. Historia de una familia burguesa*, continuada en 1899 con *La Redenta* (Magnien, 1988).

Aquellos «operarios distinguidos» que, en los años 1840, leían *La Guindilla*, según el propio Ayguals de Izco (Carrillo, 1977, 36) ya empiezan a tener sus propios órganos y, en parte, su literatura (L. Litvak, 1981; C. Serrano, 1986); pero en los años 1900, el fenómeno ni es cuantitativamente importante ni es exclusivo de otras formas culturales o de otros consumos literarios, narrativos, prestados.

## Lectura / lecturas

El acceso a la narrativa por parte del pueblo también pudo realizarse sin que existiera una capacidad lectora individual: por el famoso fenómeno de la lectura colectiva.

Sabemos, a través de testimonios, que existió la costumbre del «periódico compartido», por ser éste demasiado caro o por falta de aptitud para la lectura individual: en Zaragoza dicen, por ejemplo, que en los años 1840-1843 se hacía los días de correo lectura en voz alta de los que en el mismo llegaban, siendo *El Gerundio* y *El Huracán* —periódicos de progreso— los que más en boga estaban (Lécuyer, 1988). En 1872, en el Círculo Republicano Federal creado en La Coruña, se hacían «lecturas en voz alta» (G. Brey, 1988).

<sup>31</sup> *Bibliothèque Nationale (Paris)*. NAF 24,181. Una adscripción ideológica a determinadas colecciones y autores puede encontrarse en el que, por ejemplo, El Correo de Celanova, semanal republicano, anuncie obras de Sáenz de Jubera Hermanos y del Cosmos Editorial, editor de parte de las obras de Zola; cf. Jean-François Botrel, «El Cosmos editorial (1883-1900)», in Homenaje a Antonio Vilanova, Barcelona, y Simone Saillard a propósito de «La traduction et ses contextes» en *La traduction*, Centre de Publications de l'Université de Caen, 1989, pág. 123-126.

<sup>32</sup> Cf. Santiago Castillo, «La labor editorial del PSOE en el siglo XIX» Estudios de historia social.